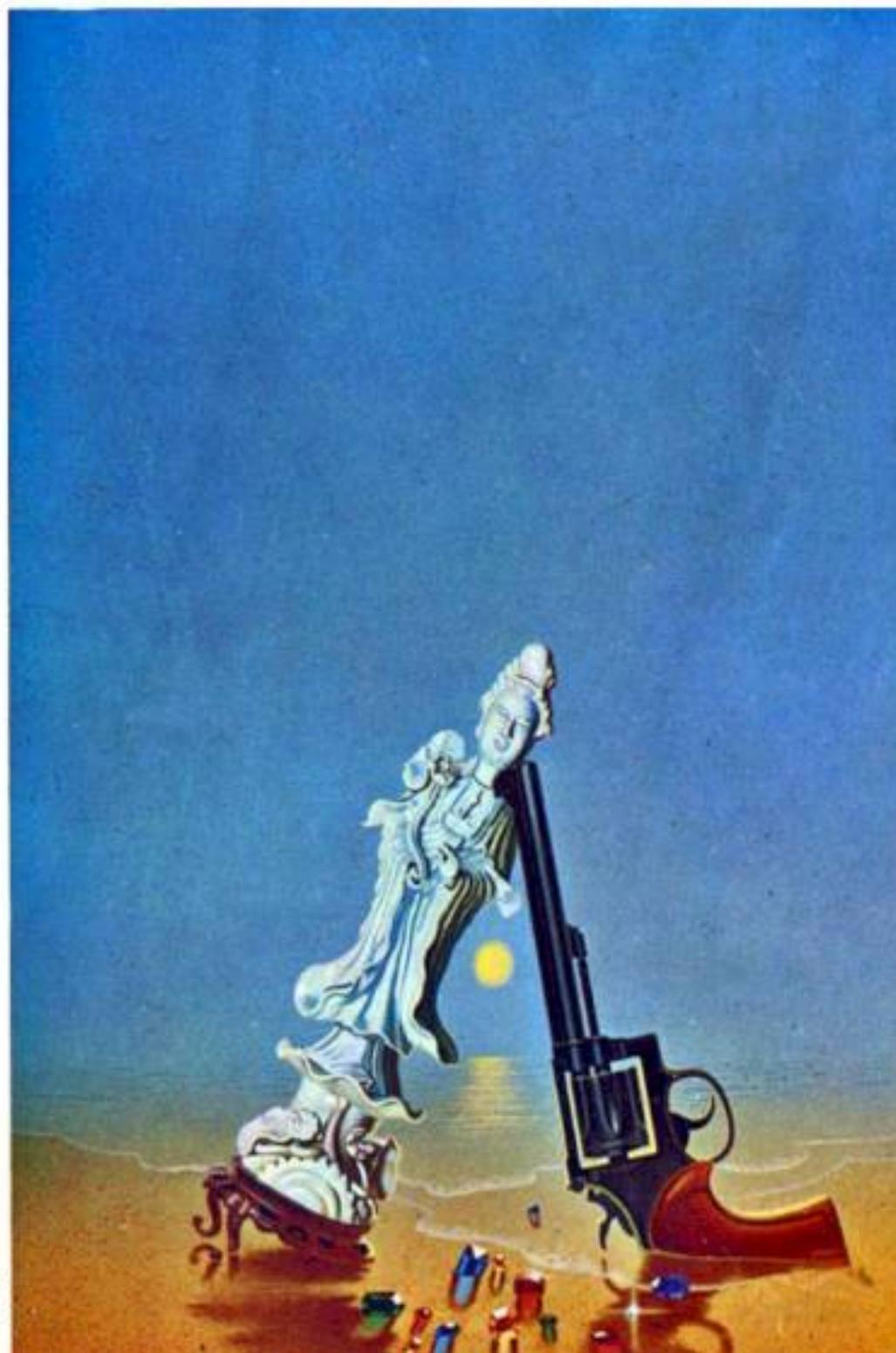


AGATHA CHRISTIE

PROBLEMA EN
POLLENSA

Selecciones de Biblioteca Oro



Todo gran detective tiene sus métodos deductivos preferidos. Tenemos, por ejemplo, al encantador Parker Pyne, quien confía en un conocimiento intuitivo de la naturaleza humana para resolver un «Problema en Pollensa». O Hércules Poirot, cuyos mesurados análisis de los motivos y las oportunidades son puestos a prueba en «Iris amarillos», cuando recibe una llamada anónima sobre una cuestión de vida o muerte. Estos y otros relatos conforman este compendio de estilos deductivos, un verdadero muestrario de la increíble capacidad de la autora para atrapar al lector hasta la última página.

PROBLEMA EN POLLENSA

El vapor de la línea Barcelona-Palma de Mallorca dejó a Parker Pyne en esta última capital en las primeras horas de la mañana. Inmediatamente Parker Pyne sufrió una desilusión. Los hoteles estaban llenos. Lo único que pudieron ofrecerle fue un cuchitril sin ventilación, con vistas a un patio interior, en un hotel en el centro de la ciudad..., y mister Parker Pyne no estaba dispuesto a conformarse con eso. El dueño del hotel permaneció indiferente ante su desilusión.

—¿Qué quiere usted? —observó, encogiéndose de hombros filosóficamente.

Palma se había puesto de moda. El cambio era favorable. Todos, ingleses, americanos, iban a Mallorca en invierno. Todo estaba abarrotado. Dudaba mucho de que el caballero inglés pudiera encontrar sitio en ninguna parte..., a no ser, quizás, en Formentor, donde los precios eran tan elevados que incluso los extranjeros vacilaban ante ellos.

Parker Pyne tomó un poco de café y un panecillo y salió a ver la catedral, pero no se encontraba de humor para apreciar bellezas arquitectónicas.

Luego celebró una conferencia con un servicial taxista, en mal francés mezclado con español, y discutieron los méritos y posibilidades de Sóller, Alcudia, Pollensa y Formentor, donde había buenos hoteles, pero muy caros.

Parker Pyne quiso saber el precio.

Cobran, dijo el taxista, unos precios que sería absurdo y ridículo pagar... ¿No sabía todo el mundo que los ingleses iban a Mallorca porque los precios eran muy razonables?

Parker Pyne dijo que así era, en efecto; pero, de todos modos, ¿cuánto cobraban en Formentor?

—¡Un precio increíble!

—Muy bien; pero ¿qué precio exactamente?

El taxista se decidió por fin a contestar en cifras.

Como acababa de llegar de Jerusalén y Egipto y estaba acostumbrado a los precios de sus hoteles, la cifra no impresionó demasiado a Parker Pyne.

Se pusieron de acuerdo. Las maletas de Parker Pyne fueron cargadas en el taxi un poco descuidadamente y partieron a dar la vuelta a la isla, probando suerte en los hoteles más económicos que encontraron en ruta, pero con el objetivo final de Formentor.

Pero nunca llegaron a aquel centro de la plutocracia, porque después de pasar por las estrechas calles de Pollensa, siguiendo la sinuosa línea de la costa, llegaron al hotel Pin d'Or, un hotelito situado a la orilla del mar, con una vista que, en la neblina de aquella hermosa mañana, tenía la exquisita vaguedad de una lámina japonesa. Parker Pyne comprendió en seguida que aquél, y sólo aquél, era el sitio que buscaba. Hizo parar el taxi y cruzó la pintada verja con la esperanza de encontrar acomodo.

Los propietarios del hotel, un matrimonio de mediana edad, no sabían inglés ni francés. Sin embargo, el asunto fue resuelto a satisfacción. A Parker Pyne le fue adjudicado un cuarto con vistas al mar, las maletas fueron bajadas del taxi, y el taxista, después de felicitar a su cliente por haberse librado de las monstruosas exigencias de «esos hoteles modernos», recibió su dinero y se marchó, despidiéndose con un alegre saludo en español.

Parker Pyne echó una ojeada a su reloj, viendo que, a pesar de todo, sólo eran las diez menos cuarto; salió a una pequeña terraza, bañada por la deslumbrante luz de la mañana, y pidió, por segunda vez aquel día, café y panecillos.

En la terraza había cuatro mesas: la suya, una de la que estaban retirando las cosas del desayuno y dos ocupadas.

En la mesa más próxima a la suya se sentaba una familia, compuesta de padre, madre y dos hijas ya mayores, alemanes. Más allá, en el rincón de la terraza, se sentaban una madre y un hijo, ingleses, sin duda alguna.

La mujer tendría unos cincuenta y cinco años. Tenía el cabello gris, de una bonita tonalidad; llevaba un traje de chaqueta de tweed, más práctico que elegante, y poseía ese aire de confianza en sí misma que distingue a la mujer inglesa acostumbrada a viajar mucho por el extranjero.

El joven sentado frente a ella podría tener unos veinticinco años y era también un ejemplar típico de su clase y edad. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo. Era evidente que se llevaba muy bien con su madre (bromeaban alegremente uno con el otro), y estaba pendiente de ella.

En una ocasión, la mirada de ella se cruzó con la de Parker Pyne. La desvió, con la indiferencia propia de una persona bien educada, pero él comprendió que había sido visto y clasificado.

Le habían reconocido como inglés y estaba seguro de que, a su debido tiempo, se dirigirían a él con alguna observación agradable y vacía.

Parker Pyne no tenía nada que objetar. Sus compatriotas en el extranjero solían resultarle bastante pesados, pero estaba dispuesto a dar los buenos días amablemente. En un hotel pequeño resultaba embarazoso no hacerlo. Estaba seguro de que aquélla era una mujer con excelente «cortesía de hotel», como decía él.

El chico inglés se levantó de su asiento, hizo un comentario divertido y entró en el hotel. La mujer cogió sus cartas y su bolso y se acomodó en una silla, frente al mar, desdoblado un ejemplar del *Continental Daily Mail*. Tenía la espalda vuelta hacia Parker Pyne.

Tomando el último sorbo de su café, Parker Pyne miró en su dirección e inmediatamente se puso rígido. Estaba alarmado..., temía ver turbada la paz de sus vacaciones. Aquella espalda era terriblemente expresiva. En su vida ha-

bía clasificado muchas espaldas como aquélla. La rigidez, lo forzado de su equilibrio..., sin ver su cara, estaba seguro de que los ojos de aquella mujer estaban llenos de lágrimas, de que sólo gracias a un gran esfuerzo podía dominarse.

Moviéndose con cautela, como animal acorralado, Parker Pyne se retiró al hotel. No hacía ni media hora había sido invitado a poner su nombre en el libro de registro de huéspedes. Allí estaba ahora su firma: «C. Parker Pyne, Londres».

Unas líneas más arriba, Parker Pyne leyó: «Mrs. R. Chester, Mr. Basil Chester, Holm Park, Devon».

Cogiendo una pluma, Parker Pyne escribió rápidamente sobre su firma. Ahora decía (con dificultad) Christopher Pyne.

Si mistress R. Chester se sentía desgraciada en la bahía de Pollensa, no le iba a ser fácil consultar a Parker Pyne.

Muchas veces se había maravillado Parker Pyne de haber tropezado en el extranjero con tantísimos compatriotas que conocían su nombre y habían leído sus anuncios. En Inglaterra, muchos miles de personas leían diariamente *The Times* y podían decir, sin faltar a la verdad, que nunca habían oído tal nombre en su vida. En el extranjero, reflexionó, leían los periódicos más a fondo. No se les escapaba nada, ni siquiera los anuncios.

En varias ocasiones sus vacaciones habían sido interrumpidas. Había tenido que habérselas con problemas diversos, desde el asesinato al intento de chantaje. Estaba decidido a tener paz en Mallorca. Su instinto le advertía que una madre acongojada podía turbar considerablemente esa paz.

Parker Pyne se instaló en el Pin d'Or y se sintió muy a gusto. No lejos de allí había un hotel más grande, el Mariposa, donde se alojaban muchos ingleses. Había también por toda aquella parte una numerosa colonia de artistas. Se podía ir andando por la orilla del mar hasta el pueblecito de pescadores, donde había un bar en el que se reunía la

gente y algunas tiendas. Todo muy tranquilo y agradable. Las chicas se paseaban en pantalones, el busto cubierto con pañuelos de vivos colores. En el Mac's Bar, jóvenes con boina y de cabellos bastante largos peroraban sobre temas tales como valores plásticos o arte abstracto.

Al día siguiente de la llegada de Parker Pyne, mistress Chester le dirigió algunas frases convencionales sobre la belleza de la vista y la probabilidad de que el tiempo continuara bueno. Luego charló un rato sobre labores de punto con la señora alemana y cambió unas palabras corteses sobre la gravedad de la situación política con dos señores daneses que se levantaban al alba y andaban once horas diarias.

A Parker Pyne le pareció Basil Chester un muchacho muy agradable. Llamaba a Parker Pyne «míster Pyne» y escuchaba muy cortésmente todo lo que decía. Varias veces, los tres ingleses tomaron café juntos después de cenar. A partir del tercer día, Basil se marchaba después de unos diez minutos, dejando a Parker Pyne a solas con mistress Chester.

Hablaban de flores y de su cultivo, de la lamentable situación de la libra esterlina, de lo cara que estaba Francia y de lo difícil que era conseguir una buena taza de té.

Todas las noches, al marcharse su hijo, Parker Pyne observaba que los labios de mistress Chester temblaban, pero inmediatamente se recobraba y disertaba en tono amable sobre los temas mencionados.

Poco a poco empezó a hablar de Basil, de sus éxitos en el colegio, de cómo todo el mundo le quería, de lo orgulloso que hubiera estado de él su padre si viviera y de las gracias que tenía que dar al cielo porque Basil no había sido nunca de esos jóvenes «turbulentos».

—Naturalmente, yo insisto siempre para que vaya con la gente joven, pero él parece que prefiere realmente estar conmigo.

Dijo esto con una especie de satisfacción modesta.

Pero Parker Pyne no respondió con una frase diplomática, lo que solía hacer sin el menor esfuerzo, sino que dijo:

—¡Ah, bueno! Parece que esto está lleno de gente joven..., no en el hotel, pero todo por ahí.

Al decir esto observó que mistress Chester se ponía rígida. Dijo que, desde luego, había muchos *artistas*. Puede que ella estuviera chapada a la antigua... El arte auténtico, desde luego, era otra cosa, pero muchos jóvenes se escudaban en el arte para gandulear y no hacer nada..., y las chicas bebían demasiado.

Al día siguiente, Basil dijo a Parker Pyne:

—Me alegro muchísimo de que apareciera usted por aquí, señor, en particular por mi madre. Le gusta hablar con usted por las noches.

—¿Qué solían hacer ustedes cuando llegaron aquí?

—Solíamos jugar al *piquet*.

—Ya.

—Claro que uno acaba cansándose del *piquet*. La verdad es que tengo aquí unos amigos, una *panda* estupenda, muy animada. No creo que a mi madre le parezcan muy recomendables... —se rió, como si la idea le pareciera divertida—. Mi madre está muy chapada a la antigua... ¡Hasta se escandaliza cuando ve una chica en pantalones!

—Comprendo —dijo Parker Pyne.

—Lo que yo le digo es que uno tiene que evolucionar con los tiempos... Allá por donde vivimos nosotros, las chicas son aburridísimas...

—Ya —dijo Parker Pyne.

Todo aquello le interesaba mucho. Era espectador de un drama en miniatura, pero no le hacían intervenir en él.

Y entonces vino lo malo, desde el punto de vista de Parker Pyne. Una señora muy alborotadora, conocida suya, se instaló en el Mariposa. Se encontraron en el salón de té, en presencia de mistress Chester.

La recién llegada gritó:

—Vaya, ¿pues no estoy viendo a Parker Pyne, al mismísimo Parker Pyne? ¡Y Adela Chester! ¿Se conocen ustedes? ¿Ah, sí? ¿Están ustedes en el mismo hotel? Adela, es único, un verdadero mago, la maravilla del siglo. Todos los problemas resueltos en cinco minutos. Pero ¿lo sabías? ¡Tienes que haber oído hablar de él! ¿No has leído los anuncios? «¿Tiene usted algún problema? Consulte a míster Parker Pyne». Para él no hay nada imposible. Maridos y mujeres que se tiran de los pelos y él los reconcilia... Si has perdido el interés por la vida, te proporcionará las aventuras más emocionantes. Como te digo, es un mago.

Continuó por un gran rato, interrumpida de cuando en cuando por las modestas protestas de Parker Pyne. A éste no le gustó la mirada que le dirigió mistress Chester. Y aún le gustó menos verla volver, a lo largo de la playa, en confabulación con la cantora de sus glorias.

El clímax llegó antes de lo que esperaba. Aquella noche, después de tomar el café, mistress Chester dijo de pronto:

—¿Quiere usted venir al saloncito, míster Pyne? Quiero hablar con usted de un asunto.

Parker Pyne no pudo hacer otra cosa sino inclinarse y obedecer.

El autodomínio de mistress Chester se había ido debilitando, y al cerrar la puerta del saloncito se desplomó y se deshizo en lágrimas.

—Mi hijo, míster Parker Pyne. Tiene usted que salvarlo. *Tenemos* que salvarlo. ¡Este asunto me está destrozando!

—Querida señora, como simple extraño...

—Nina Wycherley dice que usted lo puede *todo*. Dijo que debo poner en usted toda mi confianza. Me aconsejó que se lo contara todo..., y dice que usted lo arreglará.

Interiormente, Parker maldijo a la entremetida mistress Wycherley. Resignándose, dijo:

—Bueno, vamos a discutir el caso a fondo. ¿Una chica, supongo?

—¿Le ha hablado a usted de ella?

—Indirectamente nada más.

De mistress Chester salió un chorro de palabras. La chica era horrible. Bebía, decía malas palabras, apenas llevaba ropa encima... Su hermana vivía por allí cerca, estaba casada con un artista, un holandés. Todos ellos eran completamente indeseables. Muchos vivían juntos sin estar casados. Basil había cambiado completamente. Siempre había sido tan tranquilo, se había interesado siempre tanto en las cosas serias... Incluso había pensado en dedicarse a la arqueología...

—Bueno, bueno —dijo Parker Pyne—. La Naturaleza tiene que tornarse su revancha.

—¿Qué quiere usted decir?

—No es saludable para un muchacho interesarse en cosas serias. Debería estar haciendo el idiota con una chica detrás de otra.

—Por favor, hable usted en serio, míster Pyne.

—Estoy hablando completamente en serio. ¿Es esa señorita, por casualidad, la que tomó el té ayer con ustedes?

Se había fijado en ella (pantalones de franela gris, un pañuelo escarlata atado un poco flojo alrededor del busto, la boca muy pintada) y en el hecho de que había pedido un combinado en lugar de té.

—¿La vio usted? ¡Horrible! No es de la clase de chicas que siempre le han gustado a Basil.

—No le ha dado usted muchas oportunidades de que le gustara ninguna chica, ¿verdad?

—¿Yo?

—Ha estado siempre demasiado pegado a usted. ¡Mala cosa! Sin embargo, es probable que esto se le pase..., si usted no precipita las cosas.

—No ha comprendido usted. Quiere casarse con esta chica. Betty Gregg se llama; se han hecho novios formales.

—¿Ha llegado la cosa tan lejos?

—Sí. Míster Parker Pyne, tiene *usted* que hacer algo. ¡Tiene usted que librar a mi chico de este desastroso matrimonio! Destrozaría su vida.

—Nadie destroza la vida de nadie, salvo uno mismo.

—Este matrimonio destrozar^á la de Basil —dijo mistress Chester categóricamente.

—No me preocupa Basil.

—¿No será la *chica* la que le preocupa?

—No, me preocupa *usted*. Ha estado usted malgastando su vida.

Mistress Chester le miró un poco sorprendida.

—De los veinte a los cuarenta vive uno encadenado por relaciones emocionales. Así debe ser. Eso es la vida. Pero más tarde se llega a una nueva etapa. Puede uno pensar, observar la vida, descubrir algo sobre nuestros semejantes y la verdad sobre nosotros mismos. La vida se hace más real, adquiere mayor importancia. La ve uno como un todo. No sólo como una escena, la escena que uno, como actor, está interpretando. Ningún hombre, ni ninguna mujer, es realmente el mismo hasta pasados los cuarenta y cinco. Entonces la individualidad tiene su oportunidad.

Mistress Chester dijo:

—Me he dedicado siempre a él. Lo ha sido *todo* para mí; todo.

—Pues no debía haberlo sido. Ahora está usted sufriendo las consecuencias. Quiéralo usted todo lo que le parezca, pero no olvide que es usted Adela Chester, una persona, no únicamente la madre de Basil.

—Sería horrible para mí ver a Basil con la vida destrozada —dijo la madre de Basil.

Parker Pyne contempló los delicados rasgos de su cara, la boca anhelante. Era una mujer encantadora. No le gustaría verla sufrir.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

* * *

Basil Chester tenía muchas ganas de hablar, deseoso de presentar su punto de vista.

—Esto es un infierno. Mi madre es imposible..., está llena de prejuicios y tiene una mente muy estrecha. Si no estuviera tan obstinada, vería lo que vale Betty.

—¿Y Betty?

Basil suspiró.

—¡Betty está de lo más difícil! Si transigiera un poco..., quiero decir, si no se pintara tanto, podría cambiar todo. Parece como si quisiera hacer lo posible por..., bueno, por resultar moderna cuando está mi madre delante.

Parker Pyne sonrió.

—Betty y mi madre son las dos personas que más quiero en el mundo; parecería lógico que las dos fueran uña y carne.

—Tiene usted mucho que aprender, joven —dijo Parker Pyne.

—Me gustaría que fuera usted conmigo a ver a Betty y hablara con ella de todo esto.

Parker Pyne aceptó de buen grado la invitación.

Betty, su hermana y su cuñado vivían en un hotelito destartalado, un poco retirado del mar. Su vida era de una sencillez vigorizante. Sus muebles consistían en tres sillas, una mesa y las camas. Había una alacena en la pared, que contenía los platos y tazas indispensables. Hans era un joven excitable, de cabello rubio todo revuelto y erizado. Hablaba un inglés muy raro a una velocidad increíble, paseándose de un lado al otro de la habitación. Stella, su mujer, era rubia y de baja estatura. Betty Gregg era pelirroja y tenía pecas y unos ojos traviosos. Parker Pyne observó que estaba mucho menos maquillada que el día anterior en el Pin d'Or.

Le ofreció un combinado y dijo, chispeándole los ojos:

—¿Está usted dentro del cotarro?

Parker Pyne asintió.

—¿Y en qué bando está usted, señor mío? ¿En el de los jóvenes amantes o en el de la dama intransigente?

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Desde luego.

—¿Ha llevado usted este asunto con tacto?

—En absoluto —dijo miss Gregg con franqueza—. Pero es que esa bruja me pone negra —echó una ojeada a su alrededor, para asegurarse de que Basil no podía oírla—. Me saca de quicio por completo. Ha tenido a Basil atado a sus faldas durante todos estos años... Ese sistema hace que luego los hombres parezcan tontos. Basil no es tonto en realidad. Además, es tan sumamente respetable...

—Eso no es una cosa tan mala. Lo que pasa es que resulta «anticuado» por el momento.

A Betty Gregg le chispearon los ojos.

—¿Quiere usted decir que es como subir al desván en la época victoriana unas sillas Chippendale? Luego las vuelve uno a bajar y dice: ¿verdad que son maravillosas?

—Algo así.

Betty Gregg consideró la cuestión.

—Puede que tenga usted razón. Voy a ser sincera. Fue Basil el que me puso negra... ¡Estaba tan preocupado con la impresión que pudiera causarle a su madre! Eso me hizo exagerar las cosas. Creo que incluso ahora sería capaz de alejarme... si su madre se lo propusiera.

—Puede que lo hiciera —dijo Parker Pyne— si su madre supiera cómo llevar el asunto.

—¿Va usted a decirle cómo llevarlo? Porque ella por sí sola no sabría. Lo único que hará será seguir censurando, y eso no servirá de nada. Pero si usted le aconseja...

Se mordió los labios y alzó hacia él sus ojos azules y francos.

—He oído hablar de usted, míster Parker Pyne. Se dice que conoce usted la naturaleza humana. ¿Cree usted que Basil y yo podríamos llevarnos bien..., o no?

—Me gustaría que contestara usted a tres preguntas.

—¿Un test de compatibilidad? Muy bien, adelante.

—¿Duerme usted con la ventana abierta o cerrada?

—Abierta. Me gusta que entre mucho aire.

—¿Tienen Basil y usted los mismos gustos sobre comida?

—Sí.

—¿Le gusta acostarse tarde o temprano?

—Le diré en confianza que temprano. A las diez y media me pongo a bostezar y por la mañana me siento llena de vida...; claro que nunca lo admitiría.

—Creo que podrían llevarse ustedes muy bien —dijo Parker Pyne.

—Un test un poco superficial.

—Nada de eso. He conocido por lo menos siete matrimonios que fracasaron por completo porque al marido le gustaba estar levantado hasta las doce y la mujer se quedaba dormida a las nueve y media, y viceversa.

—Es una lástima que no pueda ser feliz todo el mundo —dijo Betty—. Basil y yo juntos y su madre dándonos su bendición...

Parker Pyne soltó una tosecita.

—Creo —dijo— que eso podría arreglarse.

Ella le miró, recelosa.

—¿No me estará usted engañando? —preguntó.

El rostro de Parker Pyne permaneció inescrutable.

* * *

A mistress Chester la animó con unas cuantas vaguedades. Un noviazgo no quería decir boda precisamente. Él se

marchaba una semana a Sóller. Le aconsejó que adoptara una actitud diplomática, que fingiera aceptar los hechos.

En Sóller pasó una semana muy agradable.

A su regreso se encontró con que había ocurrido algo completamente inesperado.

Al entrar en el Pin d'Or, lo primero que vio fue a mistress Chester y a Betty Gregg tomando el té juntas. Basil no estaba. Mistress Chester tenía aspecto demacrado. Betty también tenía mala cara. Apenas iba maquillada y parecía como si hubiera llorado.

Le saludaron amablemente, pero ninguna de las dos mencionó a Basil.

De pronto, Parker Pyne vio a Betty retener la respiración, como si algo le hubiera hecho daño. Parker Pyne volvió la cabeza.

Basil Chester estaba subiendo los peldaños que llevaban al mar. Con él iba una chica tan sumamente hermosa y exótica que le dejaba a uno sin habla. Era morena y tenía una figura maravillosa. Nadie podía dejar de notarlo, porque llevaba un traje de baño azul muy reducido. Iba muy maquillada, con polvos color ocre y labios de un tono entre naranja y escarlata, pero los afeites no hacían sino acentuar su notable belleza. En cuanto a Basil, parecía incapaz de apartar de ella la vista.

—Vienes muy tarde, Basil —dijo su madre—. Tenías que llevar a Betty a Mac's.

—Fue culpa mía —dijo la hermosa desconocida, arrastrando las palabras—. Se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta —se volvió hacia Basil—. Encanto, tráeme algo de beber que sea fuertecito.

Se quitó los zapatos y estiró los pies, cuyas uñas llevaba pintadas de verde esmeralda, haciendo juego con las uñas de las manos.

No hizo el menor caso de las dos mujeres, pero se inclinó un poco hacia Parker Pyne.